

## LA MISIÓN ECLESIAL DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ: ELEMENTOS ESPIRITUALES Y TEOLÓGICOS INTERNOS

Antonio Aranda

### I. UNA MISIÓN FUNDACIONAL

Un punto esencial del discurso biográfico-fundacional de S. Josemaría Escrivá es el constituido por su permanente mensaje, desde el 2 de octubre de 1928 hasta el 26 de junio de 1975, acerca del Opus Dei como una realidad espiritual y apostólica, que Dios no sólo le ha pedido realizar sino que ha hecho brotar en la Iglesia poniéndola en sus manos. Su misión eclesial se le muestra desde el primer momento como exigencia fundacional, del todo inesperada e imprevisible. La Obra no ha brotado de una idea suya, sino que ha venido a la luz como verdadera *creatura Dei*, para que cumpla una determinada misión en la Iglesia y en la sociedad. Sabe que es el Señor quien, de manera indudable, ha ido estableciendo la dinámica fundacional: las bases, las etapas y las metas de cada momento, y le ha ido llevando de la mano al igual que un padre guía la mano de su hijo pequeño cuando juega con él a hacer construcciones: «¿Habéis visto como juega un chiquillo con su padre? El niño tiene unos tarugos de madera, de formas y de colores diversos... Y su padre le va diciendo: pon éste aquí, y ese otro ahí, y aquél rojo más allá... Y al final ¡un castillo! Pues así, hijos míos, así veo yo que me ha ido llevando el Señor *ludens coram eo omni tempore: ludens in orbe terrarum* (Prov. VIII, 30 y 31), como en un juego divino»<sup>1</sup>.

1. *Carta 25-I-1961*, n. 2. Más elocuente es aún, si cabe, este otro pasaje del mismo documento: «Y para abrir paso a este querer divino, verdadero fenómeno teológico, pastoral y social en la vida de la Iglesia, Dios me llevaba de la mano, calladamente, poco a poco, hasta hacer su castillo: da este paso —parece que decía—, pon esto ahora aquí, quita esto de delante y ponlo allá. Así ha ido el Señor construyendo su Obra, con trazos firmes y perfiles delicados, antigua y nueva como la Palabra de Cris-

Ese «juego divino» tiene al mismo tiempo, en el alma del joven sacerdote llamado a realizarlo en la tierra, un significado sumamente preciso, como se lee en uno de sus escritos de la primera hora: «Carísimos: En mis conversaciones con vosotros repetidas veces he puesto de manifiesto que la empresa, que estamos llevando a cabo, no es una empresa humana sino una gran empresa sobrenatural, que comenzó cumpliéndose en ella a la letra cuanto se necesita para que se la pueda llamar sin jactancia la Obra de Dios; de la que formamos parte por elección divina —*ego elegi vos (Ioann. XV, 16)*—, con el fin de que seamos en el mundo imitadores de Jesucristo Señor Nuestro, *sicut filii carissimi*, como hijos queridísimos (*Ephes. V, 1*)»<sup>2</sup>. Palabras expresivas, que irán acompañadas en otros párrafos del mismo documento de otras del mismo tenor, como éstas: «Por consiguiente, no olvidéis, hijos míos, que no somos almas que se unen a otras almas, para hacer una cosa buena. Esto es mucho... pero es poco. Somos apóstoles que *cumplimos un mandato imperativo de Cristo*»<sup>3</sup>; o como estas otras: «*La Obra de Dios viene a cumplir la Voluntad de Dios*. Por tanto, tened una profunda convicción de que el cielo está empeñado en que se realice»<sup>4</sup>.

Esa íntima y sobrenatural certeza plasma en S. Josemaría una permanente conciencia de compromiso fundacional al servicio de la Iglesia: la misión recibida impone desde el principio su propia ley. En 1932 escribirá, por ejemplo: «Todas mis actividades, si he de cumplir la divina Voluntad, han de ser para la O. de D. Y es tal la

to» (*ibid.*, n. 4). Un comentario a esos textos se puede ver en A. ARANDA, *El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer ante su propia misión*, conferencia pronunciada por el Autor en el Congreso de preparación del Centenario del B. Josemaría Escrivá de Balaguer organizado por la Universidad Austral, Buenos Aires 28.VI-1.VII; las Actas están en vías de publicación. Vid.: ID., «*El bullir de la Sangre de Cristo*». *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Rialp, Madrid 2001, p. 27 (en adelante la citaremos como: «*El bullir de la Sangre de Cristo*»). Se puede ver también: S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del «Opus Dei»*, Rialp, Madrid 1980, p. 146.

2. *Instrucción*, 19-III-1934, n. 1; en referencia a ese texto se puede ver: «*El bullir de la sangre de Cristo*», p. 103, nt. 38.

3. *Ibid.*, n. 27; sobre la expresión «*mandato imperativo de Cristo*», cfr. A. DEL PORTILLO, *Una vida para Dios: reflexiones en torno a la figura de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1992, p. 105 (en adelante será citado como: *Una vida para Dios*).

4. *Ibid.*, n. 47. Vid. una referencia a ese texto en A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El fundador del Opus Dei: vida de Josemaría Escrivá de Balaguer*, vol. I: «*Señor, que vea*», Rialp, Madrid 1997, p. 576 (en adelante citaremos esta obra como: *El fundador del Opus Dei*).

claridad con que Jesús hace que coja esa Voluntad suya que, sin dudar, afirmo que, si me aparto de la Obra, el Señor me negará su gracia. De manera que hay delante de mí dos caminos (no, más): camino de Cruz, cumpliendo la Voluntad de Dios en la fundación de la O., que me llevará a la santidad (en el grado que al Señor le plazca: no me preocupa): y camino ancho —¡y corto!— de perdición, cumpliendo mi voluntad (influida por mi ambición de saber, de riquezas, de honores y de sensualidad), que me llevará *indefectiblemente* a ser un precito»<sup>5</sup>.

Lo que esos textos dejan ver es, a nuestro entender, central para acceder a una comprensión teológica más precisa de la realidad eclesial del Opus Dei. Quien se acerca a su estudio partiendo de la base de que es, en su mismo origen, una criatura de Dios en la Iglesia, en el sentido indicado, podrá entender también mejor que esa criatura eclesial ha de estar dotada de una finalidad y de una naturaleza eclesiológica propias, lógicamente anteriores y vinculantes respecto a cualquier determinación canónica. Se trata de una premisa antepuesta por el Fundador a cualquier otra consideración sobre la Obra, que pide ser tenida cuidadosamente en cuenta. En aquella imprevisible e inesperada iluminación del 2 de octubre de 1928, S. Josemaría comprende que Dios le encomienda realizar una obra eclesial concreta, esencialmente referida al reinado efectivo de Jesucristo en la sociedad y a la santificación de los cristianos en medio del mundo, a través del cumplimiento de los propios deberes. Una misión divina, insistirá siempre<sup>6</sup>, que no puede ser realizada sino desde la máxima fidelidad a sus presupuestos fundacionales. Una misión y

5. *Apuntes íntimos*, n. 1695; texto perteneciente a las notas redactadas durante los días de retiro espiritual de 1932 en Segovia; vid. *El fundador del Opus Dei*, p. 474; vid. también: *Positio super vita et virtutibus Servi Dei Iosephmariae Escrivá de Balaguer, Biographia documentata*, Roma 1988, p. 335, notas, 254; cfr. también *ibid.*, *Studio critico delle virtù*, Prudenza eroica, p. 429, nt. 58 (en adelante serán citados como: *Biographia documentata* y *Studio critico delle virtù*, respectivamente).

6. «Todos los días, hijos queridísimos, deben presenciar nuestro afán por cumplir la misión divina que, por su misericordia, nos ha encomendado el Señor. (...) Nos ha llamado a santificarnos en la vida corriente, diaria; y a que enseñemos a los demás (...) el camino para santificarse cada uno en su estado, en medio del mundo» (*Carta 24-III-1930*, n. 1). «Hijos míos, tenemos mucho que hacer en el mundo: el Señor nos ha dado una misión divina» (*ibid.*, n.22). Se puede ver al respecto: P. RODRÍGUEZ, F. OCÁRIZ, J.L. ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia. Introducción eclesiológica a la vida y el apostolado del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993, pp. 170, 220 (en adelante lo citaremos como: *El Opus Dei en la Iglesia*).

un camino, en fin, por cuyo desarrollo apostólico y su apropiada configuración canónica trabajará sin descanso durante toda su existencia, ya que desde el principio y «a pesar de saber cómo soy y de sentirme lo que soy —un pobre hombre: *pauper servus et humilis!*—», sólo anhela poder repetir «las palabras que dijo mi Señor Jesucristo al Padre: *opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam*; tengo acabada la Obra, cuya ejecución me encomendaste (*Ioann. XVII, 4*)»<sup>7</sup>.

## II. HORIZONTES TEOLÓGICOS Y ESPIRITUALES DE LA MISIÓN

En las actitudes espirituales suscitadas en el alma del Fundador por la contemplación de su misión y de las exigencias que impone su condición fundacional nacen y, conforme a lo que hemos visto, se dejan ya traslucir algunos rasgos centrales del espíritu del Opus Dei y del modo apostólico de trabajar que le es propio. Mayor es aún la evidencia de éstos y otros rasgos esenciales, y con ellos de la naturaleza del fenómeno teológico y pastoral de la Obra en las descripciones que S. Josemaría ofrece de los horizontes espirituales y apostólicos de su misión en la Iglesia. Hemos agrupado en cuatro apartados algunos textos significativos para el estudio de la cuestión.

### 1. *La fe firme de un fundador*

Desde el 2 de octubre de 1928 late en el alma de S. Josemaría una firmísima certeza de fe, que ninguna circunstancia externa podrá remover, de que la Obra de Dios viene a cumplir la Voluntad de Dios. En 1934, por ejemplo, escribirá: «la empresa que estamos llevando a cabo no es una empresa humana sino una gran empresa sobrenatural, que comenzó cumpliéndose en ella a la letra cuanto se necesita para que se la pueda llamar sin jactancia la Obra de Dios»<sup>8</sup>. Y como éstos, existen otros muchos pasajes de análogo contenido

7. *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 9. Sobre el sentido de misión que acompaña la vida de S. Josemaría, vid., por ejemplo, «*El bullir de la sangre de Cristo*», pp. 81-109.

8. *Instrucción*, 19-III-1934, n. 1; en el mismo sentido escribe: «*La Obra de Dios viene a cumplir la Voluntad de Dios*. Por tanto, tened una profunda convicción de que el cielo está empeñado en que se realice» (*ibid.*, n. 47; cfr. *El fundador del Opus Dei*, p. 576).

que se extienden a toda la existencia del Fundador. Esa certeza fundamental de fe le permitirá hablar con la misma seguridad, de un modo convencido y a la vez muy convincente, tanto del presente de la Obra como de los frutos que traerá consigo en el futuro para gloria de Dios: «Nunca tendrá la O. de D. decrepitud: siempre viril en sus ímpetus, y prudente, audazmente prudente, vivirá en una eterna sazón, que le ha de dar el estar identificada con Jesús, cuyo Apostolado va a hacer hasta el fin»<sup>9</sup>.

En la firmeza de la fe de los santos, actitud ordinaria en ellos y siempre extraordinaria para quienes son sus espectadores conscientes, se manifiesta la hondura de las raíces sobrenaturales que ha implantado en su alma el Espíritu Santo. Razonan y construyen sus obras de servicio a la voluntad divina sobre aquel fundamento, y nada hay que desde el exterior parezca impedir su realización. Su lema, como en S. Josemaría, puede ser el que describen unas palabras que él repite desde el inicio: «Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios sobre todas las cosas. Amén. Amén»<sup>10</sup>. La fe firme de los santos es un muro levantado por la mano de Dios en apoyo y defensa de la misión que les encomienda. «Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?» (Rom 8, 31): ese es el clima que respiran. Y en la firmeza y seguridad de sus actitudes no es difícil adivinar un reflejo del señorío del mismo Jesucristo, a cuya imagen son singularmente configurados por la gracia (Rom 8, 29). Al igual que el Maestro, también ellos saben contemplar ya la hora de la siega y de los frutos donde aún no se advierten claramente sus señales. «¿No decís vosotros: cuatro meses aún, y llega la siega? Mirad, os digo: Alzad vuestros ojos y contemplad los campos, que ya están blancos para la siega» (Jn 4, 35).

Ve Josemaría la Obra de Dios realizada en el tiempo como un «ejército nuevo —nuevo y viejo— que hará reinar a Cristo, con efectivo reinado, en el universo entero»<sup>11</sup>, y con un modo característico de confirmar en su misma fe a los que ya forman ese ejército y a los que habrán de llegar a formar parte de él escribe: «Tened la completa

9. *Apuntes íntimos*, n. 409, el texto es de finales de 1931; se puede ver: *El fundador del Opus Dei*, pp. 582-583.

10. Cfr. *Apuntes íntimos*, n. 449; cfr. *Biographia documentata*, p. 1380, nt. 37; cfr. también *Camino*, n. 691; *Forja*, n. 769; *Amigos de Dios*, nn. 153.167

11. *Apuntes íntimos*, n. 580; cfr. *El fundador del Opus Dei*, p. 422.

seguridad, por tanto, de que la Obra cumplirá siempre con eficacia divina su misión; responderá siempre al fin para el cual la ha querido el Señor en la tierra; será con la gracia divina —por todos los siglos— un instrumento maravilloso para la gloria de Dios»<sup>12</sup>. Le parece soñar un sueño de amor y de misericordia, y ve ya hecha realidad en la tierra la misión encomendada, una misión que acierta a describir con un admirable sentido de universalidad y de espíritu evangelizador, siempre de tono secular: «Seréis —os lo he dicho muchas veces, con esta misma imagen— como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad: llevando la luz de Dios a las tinieblas de la ignorancia; el amor divino, a las relaciones entre los hombres; la sal de Jesucristo, que inmunizará de corrupción la vida; el óleo de paz, que aplacará las olas embravecidas por el odio, en este pobre mar de nuestro mundo: nuestro, porque es de Dios y El nos lo ha dado por heredad»<sup>13</sup>.

La fe de los santos —la fe fundacional sólida y firme de S. Josemaría— es, además de divina, humana y ha de pasar por los vaivenes del tiempo en que se espera y del peso de las dificultades. Para S. Josemaría no ofrece duda, y así lo transmite a los suyos, que Jesucristo, «que ha comenzado su Obra, la llevará a término; podéis estar bien seguros de que no la dejará a medio hacer»<sup>14</sup>; será, en efecto, un apostolado de carácter permanente, que se irá extendiendo por todos los rincones de la humanidad, como empapando de sentido cristiano todas las actividades del mundo. Mas la empresa que, en aquellos comienzos madrileños, ha de llevar prácticamente en solitario sobre sus hombros (aquella «hermosa y pesada carga que el Señor, en su bondad inexplicable, había puesto sobre sus espaldas»<sup>15</sup>) deja sentir, y cómo, su peso. Uno de los pasajes más bellos, en mi opinión, de los escritos por el joven Fundador en aquellos años manifiesta ese heroi-

12. *Carta 9-I-1932*, n.93; cfr. *Biographia documentata*, p. 281, nt 164.

13. *Carta 14-II-1944*, n. 2; la misma idea se encuentra expresada en *Instrucción*, 19-III-1934, n. 42 [vid. A. ARANDA, *Identidad cristiana y configuración del mundo. La fuerza configuradora de la secularidad y del trabajo santificado*, en «*La grandezza della vita quotidiana. Vocazione e missione del cristiano in mezzo al mondo*», Pontificia Università della Santa Croce, Roma, p. 181, nt 19 (en adelante: *Identidad cristiana y configuración del mundo*)]; cfr. también, *Amigos de Dios*, nn. 120.155.

14. *Carta 14-II-1944*, n. 18; cfr., *Studio critico delle virtù*, Speranza eroica, p. 235, nt. 264.

15. *Apuntes íntimos*, n. 306; sobre ese texto, cfr. «*El bullir de la Sangre de Cristo*», pp. 81, 106-107; *El fundador del Opus Dei*, p. 302.

co equilibrio entre la carga pesada y la fortaleza de una fe sometida por querer de Dios a la prueba de la dificultad. Es preciso transcribirlo y leerlo en toda su extensión: «Hay momentos en que —privado de aquella unión con Dios, que me daba continua oración, aun durmiendo— parece que forcejeo con la Voluntad de Dios. Es flaqueza, Señor y Padre mío, bien lo sabes: amo la Cruz, la falta de tantas cosas que todo el mundo juzga necesarias, los obstáculos para emprender la O..., mi pequeñez misma y mi miseria espiritual. Te ofrezco —con querer eficaz— lo mío y lo de los míos (mamá y mis hermanos): humanamente visto, no es poco: con luces sobrenaturales, es nada. Nada, ante la maravilla que supone este hecho: un instrumento pobrísimo y pecador, planeando, con tu inspiración, la conquista del mundo entero para su Dios, desde el maravilloso observatorio de un cuarto interior de una casa modesta, donde toda incomodidad material tiene su asiento. *Fiat, adimpleatur*. Amo tu Voluntad. Amo la santa pobreza, gran señora mía. Y abomino, para siempre, de todo lo que suponga, ni de lejos, falta de adhesión a tu justísima, amabilísima y paternal Voluntad, seguro —soy tu hijo— de que la O. surgirá pronto y conforme a tus inspiraciones. Amen. Amen»<sup>16</sup>.

La Obra había ya surgido y estaba desarrollándose cuando son escritas esas palabras, pero son muchos los obstáculos que se interponen, hasta el punto que parece no arrancar..., o al menos no con la fuerza con que querría verla ya realizada y pujante el joven instrumento de su realización. La dificultad que experimenta es grande, también porque en esos años está incidiendo donde más le duele: en las carencias y los padecimientos de su madre y sus hermanos. Todo parece estar en contra, todo menos lo más importante: las inspiraciones que Dios —que permite también la dificultad y no la suaviza— le comunica respecto de la Obra y su adhesión al querer divino. Los renglones intermedios del párrafo son una ajustada descripción de ese heroico equilibrio que hemos mencionado, aunque su protagonista no lo contempla así sino —mirando como desde fuera con mirada de fe— como un hecho maravilloso, achacable a Dios (a su inspiración) y no a él. Vale la pena releer la humilde y conmovedora descripción del «hecho»: «un instrumento pobrísimo y pecador, planeando, con tu inspiración, la conquista del mundo entero para su

16. *Apuntes íntimos*, n. 877; cfr. *El fundador del Opus Dei*, pp. 485-486.

Dios, desde el maravilloso observatorio de un cuarto interior de una casa modesta, donde toda incomodidad material tiene su asiento». He ahí una palmaria evidencia de esa fe firme de fundador, que ha dado título a este breve apartado de nuestro estudio. Alguien que, como S. Josemaría, se siente humanamente nada y experimenta duramente la carencia de medios y méritos, se siente al mismo tiempo capaz de planear «la conquista del mundo entero para su Dios», y de plantearse a quienes le siguen —aquellos primeros fieles del Opus Dei que participaron y creyeron en la fe del Fundador, pero también a los que vinieron después— como una realidad ya lograda y fecunda. De algún modo, se podría decir, veía a la Obra proyectada en los siglos, contribuyendo a que en la sociedad se reconozcan los derechos de la persona humana, de la familia, de la Iglesia, de Dios, llevando a todas las coyunturas terrenas el bálsamo de la caridad de Cristo.

## 2. *La luz imborrable del 2 de octubre*

Cualquiera que se acerca a los escritos de S. Josemaría no tarda en caer en la cuenta de la centralidad, expresada de manera explícita o implícita, de la fecha del 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Ángeles Custodios. Aquel día, siempre presentado como momento originario y fontal del espíritu de santificación que transmite y de la voluntad de transmitirlo, es el punto de referencia permanente de su memoria fundacional, argumento de fondo para apoyar la autoridad y autenticidad de su enseñanza. Es también, mirando más bien a su propia persona, estímulo para una acción de gracias humilde y profunda, que se extiende por toda su existencia y se prolonga hasta el final de sus días. Nunca olvidará, antes bien recordará con gran intensidad, aquel día en que vino al mundo el Opus Dei. Nunca se apagarán ya en su alma los repiques de las campanas de una cercana iglesia —la parroquia madrileña de Nuestra Señora de los Ángeles, próxima al lugar en el que viene a su alma la inspiración fundacional—, que festejaban a su Patrona.

Las alusiones de S. Josemaría al esencial dato histórico del 2 de octubre de 1928 pueden ser agrupadas de manera diversa, conforme al contenido que en ellas se quiere resaltar. En ocasiones, se trata de un recuerdo íntimamente vivo y actual, traído a la luz con motivo de diversas circunstancias y siempre con la fuerza de algo presente. Sir-

van como ejemplo algunas de las anotaciones hechas por S. Josemaría en el aniversario de aquel día, como se lee en este apunte: «(2 de octubre de 1931) Día de los Santos Angeles, vísperas de Santa Teresita: Hoy *hace tres años* (recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles...)»<sup>17</sup>; o bien, como otro ejemplo análogo, en estas otras palabras, escritas un año después: «(2 de octubre de 1932) Día de los Santos Angeles Custodios, vísperas de Sta. Teresita, 1932: ¡cuatro años! También el Señor ha querido recordármelo, enviando una vocación de mujer»<sup>18</sup>. La importancia de esa referencia cronológica es debida a su inseparabilidad respecto del hecho recordado, que es la irrupción del don de inspiración sobrenatural por el que la Obra queda iniciada y comienza la misión de realizarla en la tierra. Esa es la sustancia de la cuestión: «Ese día el Señor fundó su Obra: desde entonces comencé a tratar almas de seculares, estudiantes o no, pero jóvenes. Y a formar grupos. Y a rezar y a hacer rezar. Y a sufrir...»<sup>19</sup>.

La exacta precisión de la fecha, ligada en la conciencia fundacional de S. Josemaría a la fiesta litúrgica de los Ángeles Custodios, como se ve en los pasajes anteriores y en otros muchos<sup>20</sup> —y asimismo unida en su corazón a la fiesta de Santa Teresita, por la que siente sincera devoción— tiene gran importancia. No es frecuente encontrar en las obras fundacionales una precisión tan acusada para fijar el inicio como la que repite S. Josemaría respecto de la suya. Si se analizan los datos históricos en torno a ese día, se podría llegar casi a establecer la hora en que tuvo lugar la iluminación fundacional. ¿Por qué tanta exactitud? ¿Es tan importante ese dato? Lo es, en efecto, no tanto en un plano meramente cronológico, pues ese día podía haber sido otro de haberlo querido Dios, sino en cuanto es signo, en la conciencia fundacional de S. Josemaría, de comienzo absoluto, y testimonia, por consiguiente, como vamos viendo a través de los textos, una honda experiencia del don de Dios. La Obra brota ese día a

17. *Apuntes íntimos*, n. 306. Se puede también ver un comentario de ese texto en A. ARANDA, *El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer ante su propia misión, o.c.*, *supra* nota 1.

18. *Apuntes íntimos*, n. 838; cfr. *El fundador del Opus Dei*, p. 464; también, *Biographia documentata*, p. 328, nt. 197.

19. *Apuntes íntimos*, n. 306; cfr. *supra* nt 15 y nt. 17.

20. Por ejemplo: «La Obra comenzó el 1928, día de los Santos Ángeles Custodios, y tiene eternidad. ¡Mientras haya hombres viadores, habrá Obra!» (*Apuntes íntimos*, n. 1609; fecha del apunte 14-III-1940; cfr. *Biographia documentata*, p. 726, nt. 212).

la luz. El querer escondido, hasta entonces, de Dios queda ya definido: en aquel día —tal es la certeza sobrenatural del Fundador— quiso Jesús que comenzara en el mundo su Obra. Ese es el doble dato importante de aquel preciso momento, establecido por querer divino: a) el inesperado brotar ante S. Josemaría de la Obra que Dios quiere; y b) el que la Obra, como algo no buscado sino inspirado, traiga consigo su propia concreción formal. Ambos aspectos, que se aúnan en la conciencia fundacional de S. Josemaría manifestando la autoría divina del acontecimiento<sup>21</sup>, están dotados para nuestro análisis de gran interés.

La importancia del primero radica en que señala un inicio carismático absoluto: la Obra —ya ha sido señalado antes— no es punto de llegada de un proceso fundacional sino que, ante la conciencia del Fundador, nace en un preciso momento y en un concreto lugar. Ha brotado a la luz cuando Dios la ha inspirado, aunque habrá que desarrollarla en el tiempo y en el espacio: «Padre, ¿realmente comenzó la Obra el 2 de octubre de 1928? Sí, hijo mío, se comenzó el día 2 de octubre de 1928. Desde ese momento no tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a trabajar, a moverme, a hacer: a poner los fundamentos»<sup>22</sup>. Uno de los modos gramaticales más característicos de S. Josemaría para expresar la idea del inicio carismático absoluto del Opus Dei es el uso que hace, a ese respecto, del verbo «suscitar»<sup>23</sup>. Suscitar quiere decir en la lengua castellana «originar», «promover», «dar lugar», significado que cuadra perfectamente con la idea que estamos considerando: la fórmula «Dios suscitó el Opus Dei», mencionada no de manera genérica sino asociada, como en esos textos, al día 2 de octubre de 1928, está testi-

21. En el entorno de otro aniversario escribiré, por ejemplo, el Fundador: «Día 3 de octubre de 1935. —Desde aquel 2 de octubre de 1928, ¡cuántas misericordias del Señor! Hoy lloré mucho. Ahora que todo va muy bien, es cuando me encuentro flojo y como sin fortaleza. ¡Qué claramente se conoce que todo lo has hecho y lo haces tú, Dios mío!» (*Apuntes íntimos*, n. 1283; vid. *El fundador del Opus Dei*, pp. 557-558).

22. Notas tomadas de una meditación (AGP, P09, p. 58).

23. Un par de ejemplos entre tantos: «Dios Nuestro Señor, el día 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Angeles Custodios, suscitó el Opus Dei para que sus miembros...» (*Carta 14-II-1950*, n. 3; cfr. *Biographia documentata*, p. 222, nt 182; también *Studio critico delle virtù*, Prudenza eroica, p. 455, nt. 200); «Dios Nuestro Señor suscitó su Obra, el día 2 de octubre de 1928, ...» *Conversaciones con Mons. Escrivá Balaguer*, Rialp, Madrid 1968, n. 55).

moniando la firme conciencia por parte de S. Josemaría del comienzo absoluto de la Obra en aquel día. Por eso se puede también decir con seguridad que se veía a sí mismo, ante todo, como testigo e instrumento del venir a la luz de la Obra cuando Dios quiso: «Ese día el Señor fundó su Obra».

La radicalidad de esa convicción en el Fundador, que en él es al mismo tiempo una evidencia de carácter carismático, explica sin necesidad de otros añadidos que tenga el hábito de asociar todos los elementos esenciales del espíritu del Opus Dei a la fecha del 2 de octubre. Puesto que el día fundacional es el punto de partida absoluto del camino espiritual y apostólico del Opus Dei, todas sus características propias deben estar esencialmente referidas a esa fecha primordial. Esta sencilla y profunda certeza interior establece un estilo de exposición oral y redaccional peculiar de S. Josemaría, constituido por inicios de frase como los siguientes: «Esta ha sido mi predicación constante desde 1928...»<sup>24</sup>; «Con el comienzo de la Obra en 1928, mi predicación ha sido que...»<sup>25</sup>; «Lo vengo predicando desde 1928...»<sup>26</sup>; «Os he dicho infinidad de veces, desde 1928...»<sup>27</sup>; «Desde 1928 comprendí con claridad que...»<sup>28</sup>; «¡Lo he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el Opus Dei!...»<sup>29</sup>. Detrás de esas palabras viene la mención de un elemento peculiar del espíritu fundacional que, como todo lo que pertenece a ese terreno, tiene para S. Josemaría a Dios como Autor y debe, en consecuencia, ser directamente asociado al inicio carismático de la Obra en el mundo.

Dos ejemplos típicos de ese modo expositivo y redaccional se encuentran en los siguientes pasajes, que merecen ser expresamente citados por la importancia y especificidad de los temas asociados en ellos al 2 de octubre. En el primero habla el Fundador de la misión de la Obra tal como Dios la ha establecido: «Pues bien, hijas e hijos míos —como parte de la providencia de Dios en el cuidado de su Iglesia Santa y en la conservación del espíritu del Evangelio—, des-

24. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 210.

25. Cfr. *Conversaciones*, nn. 26.34.

26. Cfr. *Amigos de Dios*, n. 81.

27. *Carta 25-I-1961*, n. 10; cfr. *Identidad cristiana y configuración del mundo*, p. 184, nt 33, y p. 189, nt 44.

28. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid <sup>35</sup>1999, n. 20 (en adelante: *Es Cristo que pasa*).

29. *Es Cristo que pasa*, n. 122.

de el 2 de octubre de 1928, ha encomendado el Señor al Opus Dei la tarea de hacer bien patente, de recordar a todas las almas, con el ejemplo de vuestra vida y con la palabra, que existe una llamada universal a la perfección cristiana y que es posible seguirla»<sup>30</sup>. Ese modo de decir permite dejar grabado en el alma de los así interpelados la misma convicción que alienta en la del Fundador: dicha tarea es cosa requerida por Dios y no un simple horizonte apostólico humano. Es requisito y exigencia vocacional: encomienda del Señor. Desde ese día, pues —tal es el mensaje fundacional que S. Josemaría quiere fijar en el alma de quienes siguen vocacionalmente su mismo camino—, la tarea apostólica de los fieles del Opus Dei incluye el deber de anunciar personalmente la llamada universal a la santificación. Dicho anuncio forma parte del núcleo doctrinal esencial de la Obra.

El segundo de los pasajes dice asimismo relación a dicho núcleo pero, a mi entender, a un nivel todavía más profundo, en cuanto perteneciente a su luz cristológica de fondo: «Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo»<sup>31</sup>. El texto es casi una confidencia con la que S. Josemaría quiere hacer amablemente cómplice al lector de la tonalidad teológica —un peculiar cristocentrismo—, traída a su espíritu por la iluminación fundamental del 2 de octubre. La existencia ordinaria de Cristo es, en el espíritu del Opus Dei, la luz de fondo y la fuente de significados del existir cotidiano del cristiano corriente. Esto nos da pie para prolongar nuestra reflexión con un nuevo apartado.

### 3. «Hemos venido a decir»

Las frases de S. Josemaría que comienzan o contienen la fórmula: «Hemos venido a decir», o semejantes —que se encuentran

30. *Carta 11-III-1940*, n. 25; vid. *El Opus Dei en la Iglesia*, p. 33.

31. *Es Cristo que pasa*, n. 20.

extendidas por sus escritos, como un modo de expresión que es además, y ante todo, un modo de contemplar lo que expresan— constituyen otro interesante campo de estudio para nosotros. Son pasajes de gran interés, pues permiten captar, en la mirada que les dirige el Fundador, los elementos básicos y las líneas de fuerza esenciales tanto de la misión fundacional como del espíritu que la sostiene. Permiten contemplar, en definitiva, el contenido y significado de su misión desde la perspectiva que él mismo establece. En esa misma medida, ponen de manifiesto rasgos de primordial importancia en relación a la reflexión sobre la naturaleza del hecho pastoral y teológico del Opus Dei.

El núcleo de ideas que se desprende de una lectura de esos textos es diáfano y, por eso mismo, fácil de resumir. Su contenido se puede sintetizar en dos grandes capítulos: el anuncio de la llamada universal a la santidad, y la enseñanza acerca del trabajo santificado y santificador. Lo exponemos, en ambos casos, de un modo ordenado y sucinto.

A. «*Hemos venido a decir que...*»: existe una llamada universal a la santidad, es decir, que la santidad es un don y un deber para todos los cristianos, y no sólo para algunos.

a) «Hemos venido a decir —escribe San Josemaría en un antiguo texto—, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa —*homo peccator sum* (Luc. V, 8), decimos con San Pedro—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados»<sup>32</sup>. La misma doctrina se encuentra en incontables textos de distintos momentos; por ejemplo: «Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor»<sup>33</sup>; «Con el comienzo de la Obra en 1928, mi predicación ha sido que la santidad no es cosa para privilegiados»<sup>34</sup>. O de modo aún más sintético: (la santidad) «es un camino para todos, no una senda para pri-

32. Carta 24-III-1930, n. 2; vid. *El Opus Dei en la Iglesia*, p. 168; «*El bullir de la Sangre de Cristo*», p. 24.

33. *Es Cristo que pasa*, n. 110.

34. Carta 19-III-1954, n. 21; cfr. «*El bullir de la Sangre de Cristo*», p. 24; vid. también: *Conversaciones*, nn. 26.34; *Una vida para Dios*, p. 71.

vilegiados»<sup>35</sup>. El mensaje que esas frases reiteran es claro: la santidad cristiana, en cuanto revelación del amor universal de Dios, no es privilegio para algunos sino derecho de todos en Cristo.

b) Debe ser, pues, entendida como vocación o llamada general: «a todos nos llama el Señor (...) de todos espera Amor»<sup>36</sup>. Haciendo eco a las palabras de Jesús en el sermón del Monte: sed perfectos, como vuestro Padre del cielo es perfecto (Mt 5, 48), S. Josemaría enseñará que la vocación a la santidad es universal. No sólo no es para privilegiados, sino que es llamada para todos.

c) Puesto que es concebida como llamada, ha de ser también comprendida como un deber cristiano, como algo cuyo cumplimiento se debe buscar: «Dios nos pide que digamos a todas las almas que pueden y deben buscar la santidad personal»<sup>37</sup>.

d) Por ser universales tanto la llamada como el deber cristiano de aspirar a la santidad, no existen límites exteriores para su búsqueda. En este punto la enseñanza de S. Josemaría muestra algunas de sus líneas de fondo más características. Dios llama a la santidad a todos: «estén donde estén; (...) cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio»<sup>38</sup>. Lo mismo con otras palabras: «santidad personal en su propio estado, cada uno en el suyo, y en su oficio o profesión, en medio del mundo»<sup>39</sup>; o bien: «cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio»<sup>40</sup>. Los confines determinantes de esa vocación universal y personal pasan a ser, en esta doctrina, los propios del estatuto de la persona cristiana conforme a los perfiles que establecen y definen su filiación como ciudadano y como fiel (profesión, posición, estado). El espacio personal así definido, el que cada uno ocupa legítimamente «en medio del mundo», permitiéndole estar incluido por derecho propio en la dinámica de la sociedad, tiene en la doctrina de S. Josemaría cualidad de «medio de santidad»<sup>41</sup>, en cuanto que para alcanzarla: «basta cum-

35. *Es Cristo que pasa*, n. 119.

36. *Carta 24-III-1930*, n. 2; cfr. *supra* nota 32.

37. *Carta 2-II-1945*, n. 9; cfr. A. DEL PORTILLO, *Rendere amabile la verità: raccolta di scritti di mons. Alvaro del Portillo: pastorali, teologici canonistici, vari*, Libreria editrice Vaticana, Città del Vaticano 1995, p. 287.

38. *Carta 24-III-1930*, n. 2; cfr. *supra* nota 36.

39. *Carta 2-II-1945*, n. 9; cfr. *supra* nota 38.

40. *Es Cristo que pasa*, n. 110.

41. *Carta 24-III-1930*, n. 2; cfr. *supra* nt. 32.

plir, en cada estado y oficio, los deberes que el propio estado y el propio trabajo imponen, pues de tal modo cumplimos la Voluntad de nuestro Padre Dios»<sup>42</sup>. Aquel espacio personal de cada uno es, pues, entendido y enseñado no sólo como espacio de legitimidad jurídica o sociológica, sino sobre todo como espacio de legitimidad teológica: de pleno ejercicio de la personal identidad de cristiano y, en consecuencia, camino real de santificación: lugar que rebosa de significado teológico.

e) De cada estado, condición o profesión en el mundo cabe, pues, afirmar que puede convertirse —si no se opone a la ley de Dios— en camino válido de santificación cristiana: «Así el ideal de la santidad, único y común a todos los cristianos, es accesible a través de los distintos estados o géneros de vida, sin salirse de ellos, porque son otros tantos caminos divinos que nos llevan al Señor»<sup>43</sup>. Y, por tanto: «no es necesario abandonar el propio estado en el mundo, para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo»<sup>44</sup>. Pero si no es preciso salir del propio estado para buscar y alcanzar la santidad, si cualquier ámbito de la vida cotidiana puede ser camino de santificación, entonces la misma vida cotidiana pide ser comprendida, a la luz de Cristo, como realidad santificable. Es éste un punto central en el espíritu y en la acción apostólica del Opus Dei.

f) ¿Cuál sería la razón última para que la vida cotidiana sea entendida, en el espíritu de S. Josemaría, como realidad santificable y ámbito de santificación? Se encuentra implícitamente recogido en el razonamiento que hasta aquí hemos hecho, y en concreto en la última frase transcrita («todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo»). En efecto, la noción de «encuentro con Cristo» posee en el lenguaje del Fundador el sentido determinado y preciso de identificación con Él, que significa en la práctica identificación con su misión redentora, como sugieren estas palabras: «La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con El, para realizar —en el

42. Carta 2-II-1945, n. 9; cfr. *supra* nt 38.

43. Carta 2-II-1945, n. 9; cfr. *supra* nt 38.

44. Carta 24-III-1930, n. 2; cfr. *El Opus Dei en la Iglesia*, p. 169.

lugar donde estamos— su misión divina»<sup>45</sup>. Desde esa luz de fondo —la realización de la misión del Verbo encarnado— contempla S. Josemaría su misión y explicita su doctrina acerca del valor trascendente de la vida cotidiana.

B. «*Hemos venido a decir que...*»: el trabajo diario del cristiano es verdadero camino de santificación

a) En estrecha conexión con la proclamación de la llamada universal a la santidad y a la santificación de la vida cotidiana, Josemaría Escrivá ve su misión desde el principio referida a la revitalización, ante todo en el mundo cristiano, del significado revelado del trabajo. No dudará en afirmar que: «El Señor suscitó el Opus Dei en 1928 para ayudar a recordar a los cristianos que, como cuenta el libro del Génesis, Dios creó al hombre para trabajar»<sup>46</sup>. Si el hombre ha sido creado para trabajar, y ha sido llamado en Cristo a la santidad, concediéndosele también en Él los dones sobrenaturales para poder alcanzarla, es lógico que la luz y el impulso de dichos dones redunden en una visión afirmativa del trabajo cotidiano ayudando a descubrir en él, con palabras de S. Josemaría, «la enorme riqueza espiritual que contiene»<sup>47</sup>.

b) El Modelo en el que contempla el Fundador la riqueza espiritual del trabajo, donde ésta brilla verdaderamente ante él con luz propia, manifestándose al mismo tiempo la entraña de la misión que le ha sido encomendada, es Cristo en Nazareth. En el trabajo cotidiano del Verbo encarnado se manifiesta de manera suprema la dignidad de cualquier trabajo humano, razón por la que, para S. Josemaría, la Obra ha venido a dignificar todas las ocupaciones humanas, sin sacar a nadie de su sitio, dando un sentido divino, hasta al más modesto trabajo manual, al que Jesucristo quiso dedicarse por tantos años. Pero no sólo brilla en el trabajo de Jesucristo la dignidad del trabajo humano sino que en Él, en su ejemplo, se manifiesta como algo digno del vivir humano de Dios y, por eso, camino de santificación:

45. *Es Cristo que pasa*, n. 110.

46. *Conversaciones*, n. 55.

47. «Es misión nuestra —escribirá— iluminar a todos con la doctrina y con el ejemplo, para que sepan elevar su esfuerzo al orden de la gracia: así os asombraréis, al intuir —porque se pueden ciertamente prever— los resultados sobrenaturales y humanos y la perenne actualidad de nuestro mensaje, que descubre la enorme riqueza espiritual que contiene el trabajo» (*Carta 6-V-1945*, n. 18).

«Hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazareth trabajando, desempeñando un oficio. En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación»<sup>48</sup>.

c) De ahí que S. Josemaría contemple su propia misión —la de la Obra— finalizada a la propagación doctrinal y práctica de la santificación del trabajo ordinario: «Al suscitar en estos años su Obra, el Señor ha querido que nunca más se desconozca o se olvide la verdad de que todos deben santificarse, y de que a la mayoría de los cristianos les corresponde santificarse en el mundo, en el trabajo ordinario. Por eso, mientras haya hombres en la tierra, existirá la Obra. Siempre se producirá este fenómeno: que haya personas de todas las profesiones y oficios, que busquen la santidad en su estado, en esa profesión o en ese oficio suyo, siendo almas contemplativas en medio de la calle»<sup>49</sup>. Y de ahí también que promueva una ascética del trabajo bien hecho como requisito indispensable para su santificación: «Hemos venido (...) a recordar que todos los trabajos son nobles y dignos. Lo que nos exige la Obra es que todos hagamos rendir nuestros talentos, que trabajemos con sentido de responsabilidad, sin abandonos ni ligerezas»<sup>50</sup>. De ese modo, el trabajo santificado del cristiano se convierte también en inmediato servicio apostólico: «Venimos a santificar cualquier fatiga humana honesta: el trabajo ordinario, precisamente en el mundo, de manera laical y secular, en servicio de la Iglesia Santa, del Romano Pontífice y de todas las almas»<sup>51</sup>.

#### 4. «Los caminos divinos de la tierra»

La expresión que da título a este último apartado, y que hemos visto ya mencionada en otros, nos proporciona otra de las claves

48. *Conversaciones*, n. 55.

49. *Carta 9-I-1932*, n. 92; cfr. *Identidad cristiana y configuración del mundo*, p. 186.

50. *Carta 15-X-1948*, n. 16; la misma formulación en *Carta 31-V-1954*, n. 18; vid. *Identidad cristiana y configuración del mundo*, p. 196.

51. *Carta 9-I-1932*, n. 2; vid. *El Opus Dei en la Iglesia*, p. 128; «*El bullir de la Sangre de Cristo*», p. 285.

de la misión de S. Josemaría y de la mirada que él dirige sobre ella. En cierto modo, es la clave más elocuente, pues en su sencillez recoge y aúna puntos centrales de los otros aspectos que hemos considerado. Como frase explicativa de la esencia de su misión ha sido forjada desde los primeros tiempos de ésta, y nunca abandonada. Ya en 1933 escribe: «Dios nos ha llamado para llevar su doctrina a todos los rincones del mundo, para abrir los caminos divinos de la tierra, para hacer que conozcan a Jesucristo tantas inteligencias que nada saben de El»<sup>52</sup>. Constantemente afirmará con humildad y agradecimiento a la Providencia que, con la Obra de Dios, se han abierto —y de modo vocacional— los caminos divinos de la tierra.

En este breve apartado consideraremos esa fórmula de manera somera, sin entrar a fondo en su contenido, limitándonos a su pura expresividad literal, indudablemente grande. Nos basta ahora contemplarla como testimonio elocuente de la mirada que dirige S. Josemaría a su propia misión. Se trata, sin duda, de una de las fórmulas más logradas entre las utilizadas por el Fundador para comunicar su espíritu de santificación y apostolado en medio del mundo. Esas pocas palabras contienen, en definitiva, la síntesis de la acción de la Obra en la Iglesia y en el mundo: «el Opus Dei ha abierto todos los caminos divinos de la tierra a todos los hombres porque ha hecho ver que todas las tareas nobles pueden ser ocasión de un encuentro con Dios, convirtiendo así los humanos quehaceres en trabajos divinos»<sup>53</sup>. O, dicho con otras palabras: «Lo propio de nuestra vocación es la santificación del trabajo ordinario. Hacemos divinos todos los caminos de la tierra: Yo hice el cielo y la tierra; y te doy este mismo poder, para que hagas que la tierra se convierta en cielo (San Juan Crisóstomo, *In Genes. hom.*). No hay en la tierra una labor humana noble que no se pueda divinizar, que no se pueda santificar. No hay ningún trabajo que no debamos santificar y hacer santificante y santificador, que no pueda estar comprendido en la *consecratio mundi*»<sup>54</sup>. Trabajo, santidad, secularidad: vida ordinaria santificada y convertida en medio de evangelización. Eso contempla S. Josemaría, al tiempo que Dios le hace ver esos inmensos horizontes apostólicos hacia los que se lanza con fe y esperanza.

52. *Carta 16-VII-1933*, n. 1; vid. *Identidad cristiana y configuración del mundo*, p. 188.

53. *Instrucción*, mayo-1935/junio-1950, n.1.

54. *Carta 31-V-1954*, n. 17; cfr. *Identidad cristiana y configuración del mundo*, pp. 187-188.

La noción de cristiano implícita, como protagonista de su anuncio, en los textos que proclaman la apertura de «los caminos divinos de la tierra», manifiesta un radical dinamismo cristológico, y es expresada en términos de llamada a la acción evangelizadora secular. Es decir, de llamada a «vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas, viviendo junto a los demás e igual que los demás, entregándonos a servir al Señor en el mundo, para dar a conocer mejor a todas las almas el amor de Dios: para decirles que se han abierto los caminos divinos de la tierra»<sup>55</sup>. Estamos ante una cuestión interesante: el perfil del cristiano es, en efecto, el de alguien que por serlo se encuentra esencialmente ante un deber: el de llevar el testimonio de Cristo a la sociedad, es decir, el de darlo a conocer a través de la propia conducta. Un perfil, en consecuencia, de persona llamada y capacitada para desempeñar por medio del propio existir una precisa función: llevar consigo, allí donde está, el testimonio de Cristo, o con otras palabras, transparentar su espíritu, es decir, su amor a todos los hombres y a la creación entera, manifestado con obras de servicio, de comprensión y convivencia, de realismo humano y sobrenatural, de sentido apostólico. «Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura que ha de informar la masa entera»<sup>56</sup>.

Esas palabras —construidas en torno a los conceptos de vocación personal a la santidad, de pertenencia e inserción en el mundo como lugar propio, de misión cristiana desde dentro de las realidades humanas— son testimonio de la genuina visión espiritual y antropológica de S. Josemaría. La figura del cristiano aludida en el texto (hijo de Dios y ciudadano corriente son cualidades inseparables de su perfil espiritual y teológico) es la de un sincero seguidor de Cristo, que desarrolla su existencia ordinaria, como la inmensa mayoría de las personas, en plena calle, al aire libre, en medio del mundo, en las circunstancias normales de una jornada habitual, en la ocupación profesional, en la propia ocupación ordinaria y corriente<sup>57</sup>. Y en todo

55. *Es Cristo que pasa*, 21.

56. *Es Cristo que pasa*, 120.

57. Análisis de manera más desarrollada esta descripción en la comunicación presentada en el XXIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra

eso: en el vivir de cada día, en la calle, en el trabajo, en la familia, en los ratos de diversión, en todas las situaciones, se sabe hijo de Dios y quiere comportarse como servidor de Dios. Todo eso es para él camino divino, más aún: ahí encuentran la materia para realizar su vida cristiana, de santificarse en el ejercicio de las virtudes y de tomar sobre sí esa Cruz cotidiana que es esencial para el cristiano. Ese lugar, por así decir, nativo del cristiano corriente (su vida, su casa, sus tareas de todos los días, su trabajo cotidiano), donde es simplemente uno más entre sus iguales, es también el marco natural de una acción apostólica realizada a través del trato personal, de la amistad leal y auténtica, con naturalidad, con sencillez, con el ejemplo de una fe bien vivida, con la palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina. Allí, no fuera de allí, pero con el corazón en Dios, es donde el cristiano corriente del que habla S. Josemaría lleva consigo, para los demás, el *bonus odor Christi* (cfr. 2 Cor 2, 15) que desvelará su condición de seguidor de Cristo.

Eso implica un modo apostólico característico de trabajar, que mueve a la comprensión, a la disculpa, a la caridad delicada con todos los hombres. Se trata, así lo comprende él, no sólo de abrir o de anunciar que han sido abiertos los «caminos divinos de la tierra», sino de hacerlos amablemente accesibles a los demás. S. Josemaría mira desde el inicio las perspectivas de su misión con un «corazón amplio, universal, católico», y deja fuertemente establecido este preciso acento: «En nombre de ese amor victorioso de Cristo, los cristianos debemos lanzarnos por todos los caminos de la tierra, para ser sembradores de paz y de alegría con nuestra palabra y con nuestras obras. Hemos de luchar —lucha de paz— contra el mal, contra la injusticia, contra el pecado, para proclamar así que la actual condición humana no es la definitiva; que el amor de Dios, manifestado en el Corazón de Cristo, alcanzará el glorioso triunfo espiritual de los hombres»<sup>58</sup>.

(«El cristiano en el mundo. En el centenario del Beato Josemaría Escrivá», Pamplona 2002), con el título: «Vocación y misión del "cristiano corriente" en Josemaría Escrivá». Las Actas del Simposio se encuentran en vías de publicación.

58. *Es Cristo que pasa*, 168. La idea es frecuente en los textos de S. Josemaría; por ejemplo: «El espíritu de comprensión es muestra de la caridad cristiana del buen hijo de Dios: porque el Señor nos quiere por todos los caminos rectos de la tierra, para extender la semilla de la fraternidad —no de la cizaña—, de la disculpa, del perdón, de la caridad, de la paz. No os sintáis nunca enemigos de nadie» (*Es Cristo que pasa*, n. 124; cfr. *Camino*, n. 917, *Amigos de Dios*, n. 314).

Desde esa fe firme en su misión, y bajo la intensa luz de la mirada fundacional, la figura de los caminos divinos se llena de una grandeza singular, y como tal, por la fuerza del carisma recibido, profética. Dios quiere hacer del trabajo de los cristianos —ese es el mensaje que anuncia el Fundador— un instrumento suyo, que atraiga a muchos al encuentro salvador con Cristo y trace un nuevo surco profundo en la historia de la humanidad. De esa novedad y de ese surco habremos de seguir hablando en el tiempo oportuno.

## I. COORDENADAS TEOLÓGICAS DE UNA «EXPERIENCIA»: LA LITURGIA, VIDA DEL CRISTIANO

Quando en los años treinta del siglo XX san Josemaría Escrivá de Balaguer publicó por primera vez los «consejos» y «consideraciones» que, poco más tarde, darían lugar a la edición de «Camino», su intención inmediata no era presentar un *sistema doctrinal* del ser y obrar cristianos sino, como refleja el título, un *itinerario* que condujera a una profunda vida de fe en el cotidiano quehacer personal.

En las páginas de «Camino», por tanto, no encontraremos, para ceñirnos a nuestro ámbito, ninguna *reflexión sistemática* acerca del ser de la liturgia, pero sí una *antropología litúrgica* —o, si se prefiere, una *vida cristiana* de matriz litúrgica— nacida de la experiencia de quien todavía era, por entonces, joven sacerdote.

Comentando el capítulo «Santa Misa», P. Rodríguez escribe «siguiendo su estilo habitual —personalista, dialógico, incitante—, [el Autor] no dedicará estos breves puntos a “considerar” la *doctrina* sobre el sacrificio y el culto, sino su *sentido espiritual* [...] También en este capítulo, como en otros, y en general en todo el libro, el Autor presupone en el lector la fundamental catequesis católica acerca de la celebración eucarística. Ni una palabra en el texto sobre lo que es la

1. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Consejos*, [Prólogo] (edición crítica-bibliográfica preparada por P. Rodríguez), Instituto Histórico Josemaría Escrivá, Rialp, Madrid 2002, p. 208. Agradecemos al Sr. Pedro Rodríguez la cortesía de haberme permitido consultar, antes de su publicación, el imponente acervo documental y contextual de su edición. Su valiosa cooperación permitió que este trabajo, hace ahora inédito, fuera pronunciado como conferencia en unas jornadas en motivo del centenario de san Josemaría Escrivá.